

Federica Montseny



Desde su juventud, Federica Montseny ha militado en las filas del anarquismo, dedicando toda su vida a la defensa de los ideales libertarios. Esta imagen suya, pronunciando una alocución durante un mitin, se repetiría sin cesar en una larga trayectoria de la que queda justa constancia en la entrevista que publicamos.

Una entrevista con la Historia

Colectivo Febrero

«Hija de una familia adherida al anarquismo desde muchos años, descendiente de una dinastía enemiga del autoritarismo (...), mi entrada en el gobierno tenía por fuerza que significar algo más que un simple nombramiento de ministro. Para nosotros, que siempre habíamos batallado contra el Estado; que siempre sostuvimos que el Estado no podía llenar ningún objetivo; que las palabras Gobierno y Autoridad significan la negación de toda posibilidad de libertad para el individuo y los pueblos, nuestra incorporación, en calidad de organización y como individuos, a un programa de gobierno, solo podía significar un acto de osadía histórica de fundamental importancia o una corrección teórico, a la vez que táctica, de toda una estructura y de un largo capítulo de la historia (...). Cuántas reservas, cuántas dudas, cuánta angustia interior tuve que vencer para aceptar esta tarea! Es posible que para otros esto llenara sus aspiraciones o supusiera la culminación de sus ambiciones. Para mí era,

*simplemente, una ruptura con toda mi actividad anterior, con toda mi vida, con un pasado que va unido a la vida de mis padres. Fue algo que me obligó a realizar un enorme esfuerzo y que me costó muchas lágrimas. Y yo acepté. Acepté vencíendome a mí misma... Fue de ese modo como entré a formar parte del gobierno y me trasladé a Madrid» **

Federica Montseny, en la que concurre la doble excepcionalidad de haber sido la única mujer ministro en la Historia de España y de haberlo sido, paradójicamente, pese a su ideología anarquista, se expresaba así a la caída del gabinete de Largo Caballero (junio de 1937) en el que había ocupado la cartera de Salud Pública.

* Citado en la CNT en la Revolución Española | J. Peirats, Toulouse 1951, vol. 1, pág. 7.

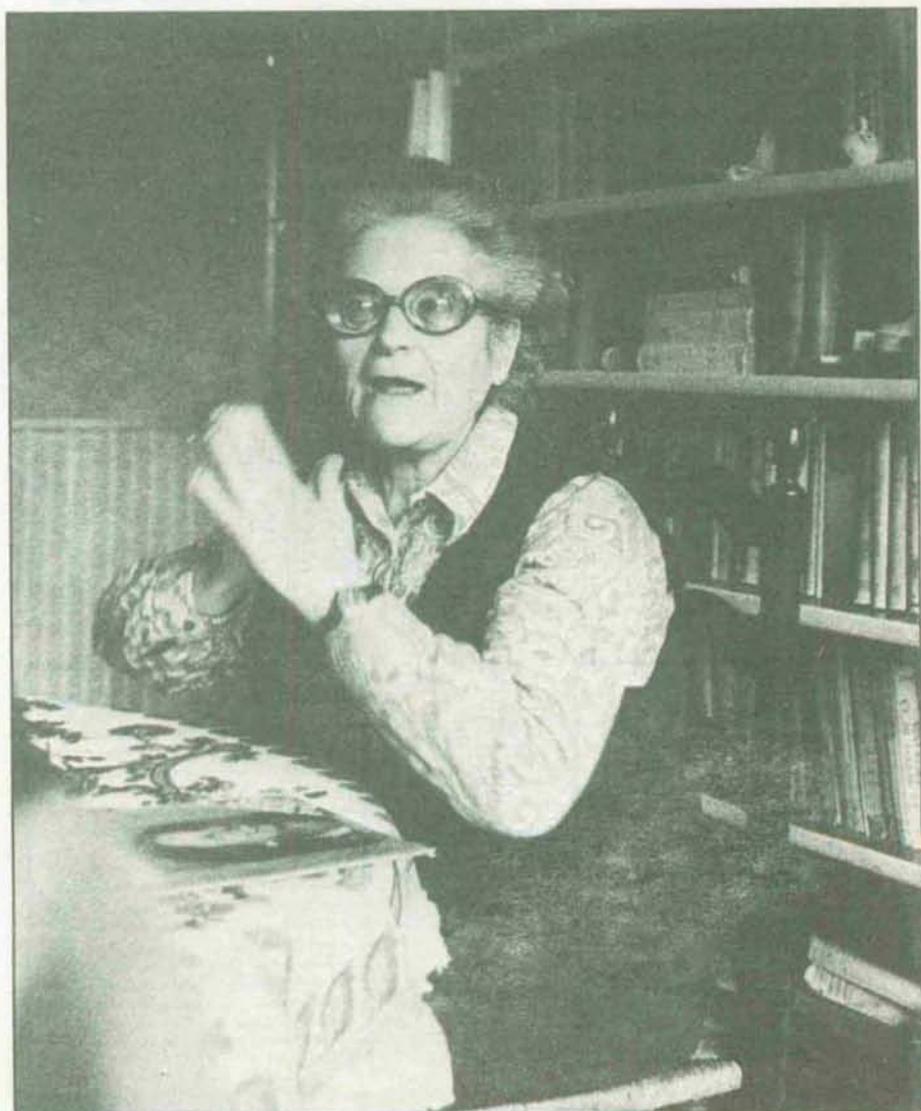
TODO el mundo esperaba a Federica en el mitin de la CNT del pasado 27 de marzo en la plaza de toros de San Sebastián de los Reyes con el que se rompían cuarenta años de obligado silencio. Al final la demora en la concesión de su pasaporte le impidió llegar y escuchar los gritos libertarios del renaciente anarcosindicalismo español que llenaba la plaza.

Testigo y protagonista singular de unos años clave de nuestra historia, exiliada como tantos españoles que perdieron la guerra, Federica Montseny nos recibía en su casa de Toulouse para aclarar muchas de las lagunas que todavía existen en el pasado del movimiento anarcosindicalista español desde los tiempos de la dictadura de Primo. A los lectores de *Tiempo de Historia*

les ofrecemos la última entrevista que Federica concedería antes de retornar a España. Antes de comenzar la entrevista, tanto ella como Germinal, su compañero, se interesan por la situación de España y nos preguntan acerca de los últimos acontecimientos.

Federica Montseny, nacida en una familia anarquista hace 72 años, aparece llena de vitalidad, que refleja en cada palabra y en cada gesto. Cenetista desde los dieciocho años, anarquista desde siempre, ingresa en la FAI en el 36, después de la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero. Interviene en el Congreso de Zaragoza donde forma parte de la comisión que redactó la ponencia en la que se definió el concepto confederal de comunismo libertario.

CUANDO los sucesos de la Semana Trágica, mi familia todavía se encontraba en Madrid. Pero aunque mis recuerdos no llegan hasta esa época, los he conocido a través de mi padre. El, Federico Urles, había intervenido muy activamente en la defensa de Ferrer y Guardia, con el que le unía una gran amistad —había ayudado económicamente a la publicación de «Tierra y Libertad», diario en 1901 y 1902—, cuando le detuvieron a raíz del atentado de Morral contra los reyes. Mis padres mantenían la opinión de que la Semana Sangrienta y todos los sucesos de Barcelona, fueron provocados para justificar, por una parte, la destrucción del catalanismo naciente y, por otra, el cierre de la Escuela Moderna y la ejecución de Ferrer. Querían matarlo y lo mataron, porque estaban convencidos de que detrás de Morral y del atentado estaba Ferrer. Existe un claro paralelismo entre este proceso y el de Sacco y Vanzetti: fue un empeño de la burguesía y del Ejército por acabar con una persona mediante las acusaciones que fueran necesarias.



Esta es la efígie actual de Federica Montseny, en los días aun muy cercanos de su exilio de Toulouse. Pese a su avanzada edad, la líder anarquista no ha perdido ni un ápice de su lucidez y entusiasmo, afrontando cuantos temas se plantean en la conversación con ella.

ciertas tácticas reformistas, etc.). Además, a París habían llegado Archinov, Sapiro, Mackno que hicieron ver a los anarquistas españoles la necesidad de una organización anarquista que no nos dejase en la situación en la que estaban los compañeros rusos desde la revolución del 17. Algunos estaban de acuerdo con esta plataforma, pero otros, que se consideraban defensores de una ideología más pura, pensaban que esta idea de organización era contraria a sus principios.

Los compañeros platformistas de París fueron a Valencia y, con otros del interior, dieron cima al proyecto de reunir en una sola federación a todos los grupos anarquistas que existían diseminados por España, con la particularidad de que hubo grupos que no quisieron sumarse a la FAI y muchas individualidades quedaron al margen, como mi padre, que no perteneció nunca, y yo misma, que ni participé ni tuve nada que ver en los orígenes, pues ingresé en ella en 1936... Pero, claro, estaba al tanto de su formación, y más tarde, a partir de la República, me fui inclinando del lado de aquellos que eran calificados de tribu, de atracadores, de todo..., que se les mandaba a Bata y a Río de Oro, cuando la represión contra Ascaso, Durruti, García Oliver, etc.

—**C. F.:** ¿Cómo fueron en general las relaciones CNT-FAI?

—**F. M.:** Precisamente éste es uno de los grandes debates que ahora hay entre compañeros en España. Las relaciones CNT-FAI siempre fueron buenas, y más después del 18 de julio del 36, pero no confundamos nunca entre lo que son relaciones de organización a organización, como lo fueron con la F. I. J. L. (Federación Ibérica de Juventudes Libertarias), y la creencia de que la



Genetista desde los 18 años, anarquista desde siempre, Federica Montseny ha sido la única mujer que ha ocupado una cartera ministerial (la de Salud Pública) en un gobierno español.

FAI ejercía sobre la CNT la misma tutela que el PSOE sobre la UGT. Eso no ha existido nunca. Lo que pasa es que los anarquistas que estaban en la FAI, como los que no estábamos, pertenecíamos a la CNT; y como, por suerte o por desgracia, la mayor parte de los compañeros que estaban en la FAI eran los más activos dentro de la CNT, los que iban a la cárcel, los que formaban los Comités Pro-Presos en los momentos de represión, los que formaban los comités de

huelga durante los conflictos, parecía que era otra organización, cuando no eran más que los mismos hombres que, aparte de su rol de proletarios, pertenecían ideológicamente a la FAI. Decir que a través del Comités Peninsular de la FAI se hubiese ejercido alguna presión sobre el Comité Nacional de la CNT, y que el Comité Nacional hubiese aceptado en alguna ocasión que el Comité Peninsular le dictase actuaciones o posiciones, es una monstruosidad histórica.

El que conoce medianamente el funcionamiento de nuestra organización, sabe que esto no es posible, y que no era posible tampoco entonces, tal como se formaban los comités nacionales. Se nombraba un secretario con carácter nacional, por mayoría de votos —durante muchos años salió elegido Pestaña, que no perteneció jamás a la FAI, y que luego abandonaría la CNT para fundar el Partido Sindicalista—, y después se nombraba un Comité Nacional, compuesto por los miembros del Comité Regional y de la Federación Local en donde el secretario redidía, o donde se decidía que residiera el Comité Nacional. Unas veces fue en Barcelona, otras Zaragoza, otras Madrid, llegó a ser Sevilla en la época de Paulino Díez..., en fin, cada localidad daba los miembros del Comité Nacional. Y podían ser de la FAI, o anarquistas no pertenecientes a la FAI, o... podían no ser nada, simplemente sindicalistas. De manera que no era posible eso que se ha dicho de que la FAI era como el Comité Central de la CNT.

—C. F.: **Has dicho «por suerte o por desgracia», y es cierto, porque gran parte del odio de los sucesivos Gobiernos contra la CNT y los anarquistas proviene de la maliciosa identificación de éstos con los grupos «terroristas» de la FAI...**

—F. M.: ¿Cuáles son esos grupos terroristas? Eso no era la FAI. Y no era para la FAI. ¿Acaso era para la FAI todo lo que robaron, utilizando esa palabra, Ascaso, Durruti y Jover durante toda su gira por América, donde asaltaron multitud de bancos, película que aún no se ha hecho, pero que dejaría en mantillas a «Bonnie and Clyde»? ¿Para quién lo hacían? Pues para sostener a los Comités Pro-

Presos, para sostener la organización confederal, clandestina y perseguida, y para ayudar incluso a la Librería Internacional en París, que gracias al dinero de nuestros compañeros pudo constituirse; en fin, para ayudar al movimiento confederal, y si sobraba para las organizaciones afines o para los órganos de difusión, sin quedarse nunca nada para ellos, que se quedaban justo lo que hubieran ganado en un taller. Y eso para mí es importantísimo, el aspecto de la honradez acrisolada de esos hombres y de otros que, sin ser ellos, hicieron lo mismo. Claro que... en todas partes cuecen habas, y no diré que no hubiese habido algunos que acabasen siendo profesionales del atraco, pero esos ya no atracaban para la FAI, ni para la CNT, ni para nadie: atracaban para ellos. Y además hubo cosas que hoy no se saben. Aquí hubo atracos realizados por compañeros a los que había alentado el propio Maciá, y de los que se había beneficiado. Es una historia que cada uno escribe a su manera, pero... falsamente.

—C. F.: **¿Qué aportó el proletariado anarco-sindicalista a la caída de la Dictadura de Primo de Rivera?**

—F. M.: Mucho. La situación era bien conocida. La UGT tenía a Largo Caballero, pero éste fue consejero de Trabajo de la Dictadura, no se enfrentaba, pues, con ella. Los que se enfrentaron, con huelgas y agitaciones; conatos de rebelión, como la tentativa de asalto al Cuartel de Atarazanas, a consecuencia del cual cayeron dos compañeros; incluso cuando la insurrección de Jaca, con Galán y García Hernández, ¿quiénes estaban con ellos?: todos gente nuestra, de la CNT, que fueron a la cárcel y que incluso algunos murieron en esas intentonas.

En Prats de Molló, en la tentativa de entrada en España de grupos armados catalanistas, ¿quién estaba tras ellos?... Pues Ascaso y Durruti, junto con Maciá y los catalanistas. Es decir, fuimos la punta de lanza para toda la lucha, lo mismo en el aspecto armado que en el orgánico, creando un clima de huelga general sobre el cual se apoyaron después las fuerzas políticas para firmar el Pacto de San Sebastián, en el que intervino en nuestro nombre Peiró —bastante se lo reprocharon al hombre, aunque lo hizo con toda la buena fe del mundo—, y para presentar el programa, casi podemos decir, de Frente Popular anticipado, que hizo ganar las elecciones municipales del 12 de abril del 31, y que el 14 trajo la proclamación de la República, porque el Rey se asustó y... se marchó; no esperó que le echaran y se marchó de España.

—C. F.: **Se ha querido identificar a Galán con algún movimiento anarquista. ¿Es esto cierto?**

—F. M.: No. El intento de Jaca fue impulsado por varios militares federales, pero no anarquistas. No obstante, no hay que olvidar que los federales han tenido siempre mucha simpatía, e incluso mucha semejanza, con los anarquistas. Aunque ellos aún creen en la necesidad del Estado; la concepción del federalismo, el respeto a las autonomías, empezando por la individual y acabando por la de las regiones, les acercaba al anarquismo. Tanto Galán como García Hernández eran federales, más o menos próximos a nosotros, pero eran federales.

—C. F.: **A partir del advenimiento de la República, las organizaciones libertarias adquirieron un incremento masivo de trabajadores. ¿A qué crees que se debió esto?**

—F. M.: Durante la época de la Dictadura, la UGT, por sus compromisos, con ella, no pudo actuar como quizá sus propios militantes lo hubieran querido. No podían alentar conflictos ni podían encabezarlos. ¿Quién los encabezaba?: la CNT. Cuando vino la proclamación de la República, los socialistas estaban en el Gobierno. Había nacido la llamada «República de trabajadores de todas clases», pero como los conflictos continuaban, como la crisis económica existía, como proliferaban los choques con la fuerza pública (Navalmoral de la Mata, Castellblanch, donde el Gobierno

republicano-socialista mandó a la Guardia Civil para que desalojara a los campesinos de las tierras en barbecho que habían tomado para cultivar, donde hubo muertos y heridos), se fue agrandando el divorcio entre el Gobierno socialista y el pueblo en general. Como la CNT estaba libre de todo compromiso, la gente venía a ella porque se sentía defendida e interpretada mejor que por la UGT o por otras organizaciones que, aunque hubieran querido, no podían hacerlo, porque estaban ligadas a los hombres que estaban en el Gobierno. Y lo mismo va a ocurrir ahora en España.

—C. F.: ¿Cómo resumirías la

trayectoria libertaria desde 1931 hasta el Alzamiento Nacional?

—F. M.: La República fue bien acogida por todos, pero se cifraron en ella muchas más esperanzas de las que podía sustentar. La gente esperaba una República federal, y no centralista; una República social, con realizaciones económicas avanzadas, con expropiaciones de tierras para acabar con el latifundio, con facilidades a las cooperativas y a los sindicatos agrícolas; o en el aspecto industrial, avances de tipo tecnológico y social, que la República no hizo. No hizo porque no pudo, porque no quiso, porque no se le dejó



Durante el advenimiento de la Segunda República las organizaciones libertarias se fueron incrementando de forma masiva. Como la CNT estaba libre de todo compromiso la gente iba a ella porque se sentía mejor interpretada y defendida. Sobre estas líneas, una concentración de afiliados a la Confederación Nacional del Trabajo en Barcelona, el 25 de octubre de 1936.

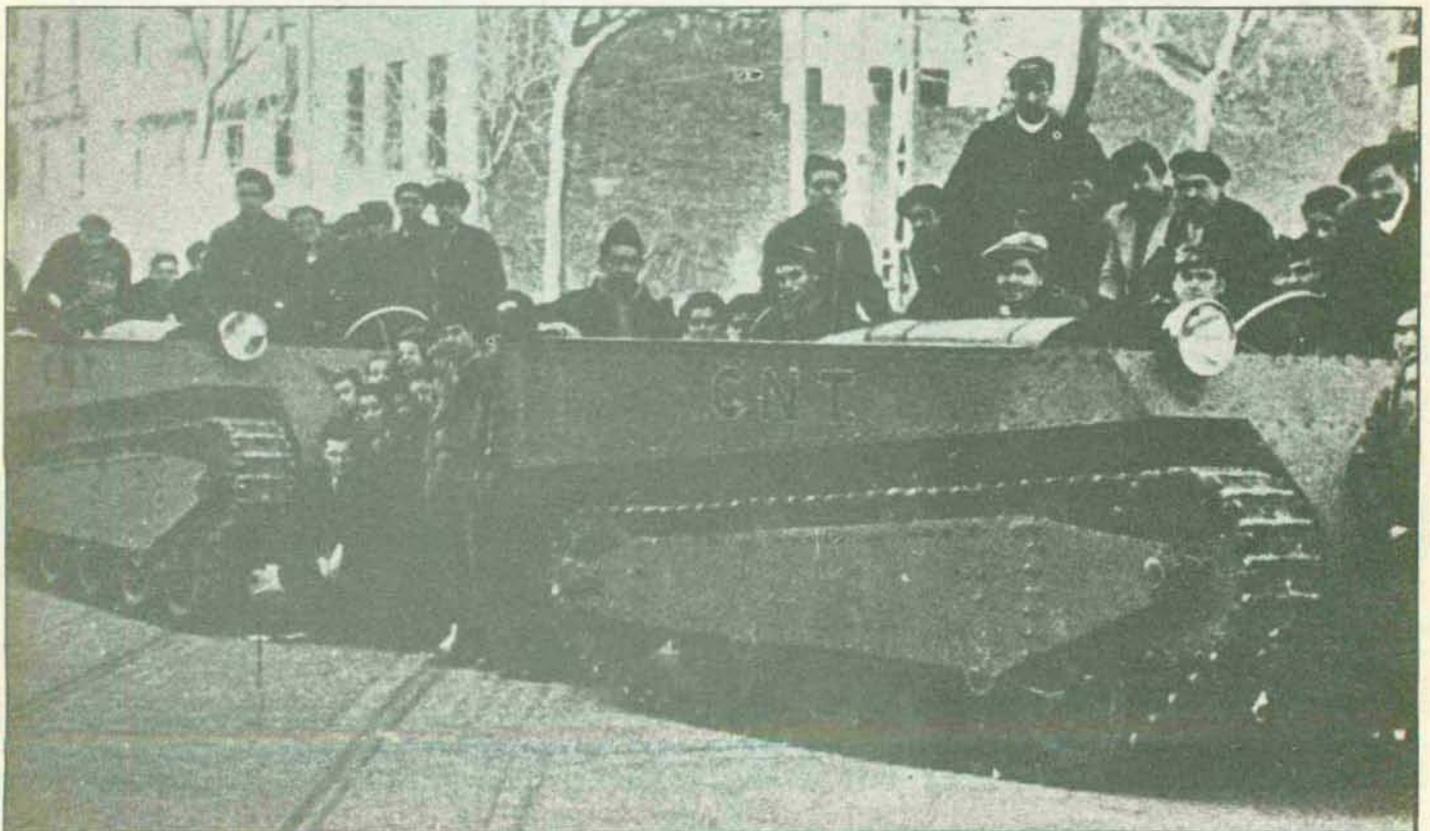
tiempo..., es difícil poder calibrarlo. A mí entender, falló porque no hubo hombres lo bastante enérgicos y con bastante acometida como para hacer las cosas rápidas. Por ejemplo, lo que inició Azaña y no terminó: la desarticulación del Ejército tradicional, que era el mismo de la monarquía, con su mentalidad calcada de militar prusiano; la reforma agraria que no terminaba de discutirse en el Parlamento; la secularización de las escuelas para terminar con la hegemonía de la Iglesia sobre la enseñanza; el reconocimiento de los derechos del pueblo vasco, del catalán y del gallego, que eran los tres que reclamaban autonomía en la época. Nada de esto se hizo, como tampoco se decidieron a nacionalizar los bancos, para evitar la fuga de capitales que fue sangrando la economía española. O, por ejemplo, en el aspecto de la Iglesia... España ha sido un país católico, pero hay que tener en cuenta también que

ha sido el país del mundo en el que más anticlericales ha habido. España hubiera visto con mucha simpatía que el Concordato se discutiera y que se hubiese terminado con muchos de los privilegios que la Iglesia tenía. Eso no se hizo; ¿cómo podía hacerse si el presidente de la República, Alcalá Zamora, comulgaba y confesaba cada día?

Luego, no estuvo tampoco a la altura de las circunstancias para reprimir la acción de las derechas que empezaron enseguida a organizarse. Cuando hubo la «sanjurjada» en el 32... ¿qué se hizo?... Pues nada, a Sanjurjo se le perdonó la vida y, al cabo de poco tiempo, salió tranquilamente de la cárcel. Y tampoco hubo represión contra todas las fuerzas de derechas que se estaban armando, lo que todo el mundo sabía, así como que estaban en contacto con Italia...

Por otra parte, la CNT y los trabajadores veían en el poder

un Gobierno represivo. Por eso ganaron las derechas las elecciones del 33..., porque había habido Casas Viejas y las barbaridades aquéllas..., los «tiros a la barriga» de Azaña, el «ni heridos ni prisioneros», en lo que se anticipó a Hitler. Todo eso la gente no lo podía digerir. Vino el momento de las elecciones; la CNT se limitó a propagar el abstencionismo, y eso dio el triunfo a las derechas. Lo lamentamos, pero era consecuencia lógica de una situación creada por otros que no éramos nosotros, que eran ellos los que la habían creado por incapacidad, por incompreensión, por complicidad..., o por lo que fuese. ¿A quién mandó reprimir más tarde los levantamientos en el Alto Aragón, Llobregat y Andalucía? Pues al general Varela, al general Queipo de Llano, al general Franco, todos ellos generales de la República, ya que habían jurado fidelidad a la misma.



Durante la guerra los obreros al encontrarse con las fabricas cerradas empezaron a organizar las colectivizaciones y de esta forma el proceso de producción no quedó interrumpido. En la fotografía: tanques fabricados en las factorias de la CNT.



«Nuestra entrada en el gobierno no fue compensada, ojalá no hubiéramos intervenido y no nos encontraríamos, histórica e ideológicamente manchados». Federica Montseny con Juan García Oliver, dos de los cuatro ministros anarquistas del gabinete de Largo Caballero.

En las elecciones del 36, al contrario, estaba el problema de los presos, debido a la represión tras el levantamiento de Asturias; en Asturias habíamos estado colaborando todos, anarquistas, socialistas, comunistas, republicanos, en un mismo combate. Existía ya el gran grito de «Uníos, hermanos proletarios», que se generalizaba en toda España, y además, se veía venir el golpe de Estado, y si no éste, sí una tentativa de fascistización. Si volvían a ganar las derechas estábamos perdidos, y por eso teníamos que volcarnos todos para impedirlo. La gente empezó a votar, y ganamos. Ganaron las izquierdas de una manera clamorosa, pero ya nosotros empezamos a salir en **grupos de propaganda**, organizados por el Comité Nacional, por todas las regiones;

había que poner en guardia a la gente y decirles: las elecciones las han ganado las izquierdas, pero no olvidéis que la última palabra se dirá en la calle. La derecha se lanzará a la calle, como hubiéramos hecho nosotros de haber ganado ellos las elecciones. Esta consigna fue lanzada ya desde últimos de febrero.

—**C. F.:** ¿Fue el descontento y la desilusión que producía la actuación del Gobierno lo que motivó las insurrecciones lanzadas por la CNT en el 32 y 33?

—**F. M.:** En el 32 hubo lo de Figols, y en enero del 33 hubo Andalucía y Cataluña. A finales del mismo año se dio la tentativa de Aragón. Tanto unas como otras fueron espontáneas, y mienten los que dicen que fue la CNT o la FAI quien dio la orden. Llegado un momento, la gente desbordó a

cualquier organización. Pensaban que, detrás del primero que se lanzase, los otros seguirían, y ése fue el error de los mineros de Figols y de los demás. Lo de Asturias fracasó por la misma razón, a pesar de que fue el intento más serio y mejor sincronizado. Muchas regionales se habían comprometido a seguir y no siguieron. La realidad es que uno veía venir el fracaso, pero no podía oponerse. Todo el movimiento que se provoca artificialmente, es difícil que el pueblo lo siga. En julio del 36, la gente tenía una motivación real —el golpe de Estado— y por eso se lanzó a la calle. Muchos eran gente sin partido, antifascistas simplemente, pero se lanzaron a luchar. En los intentos del 32 y del 33 faltó esa motivación popular, porque aunque la gente se daba cuenta de que



«La guerra no se perdió mientras el pueblo mantuvo la esperanza de que lo que se estaba librando era una guerra social, que iba a una transformación de la sociedad, a distribuir más pan, más justicia y más libertad a los hombres». En la foto, Isabel Blume, diputada socialista belga, con la anarquista catalana.

íbamos poco a poco avanzando hacia la derecha, que vendría el fascismo, como éste no estaba todavía allí, no había algo concreto, como el levantamiento del 18 de julio, contra lo que responder.

—C. F.: ¿Cuál fue la importancia, para vuestra línea de actuación, del Congreso de Zaragoza en 1936?

—F. M.: Este Congreso fue el más importante en la historia de la CNT, primero por el número de afiliados que se representaron (más de un millón y medio) y por el número de delegados (1.500), y luego por los acuerdos que se tomaron, que ya eran posiciones de defensa frente a lo que estaba en el aire, la tentativa de fascismo. El

Congreso empezó el 1 de mayo y terminó el 10. En los dos meses que transcurrieron hasta el golpe, nos ocupamos de llevar adelante las decisiones tomadas.

Del Congreso surgió el concepto confederal de comunismo libertario; la ponencia que sería aprobada fue redactada por un comité del cual formaba yo parte, y que estudió los diversos dictámenes que traían las delegaciones, e hizo una síntesis. Aparte, hubo que solucionar dos problemas de división, el de los llamados «sindicatos de oposición» —trentismo, línea más moderada— y el problema de los asturianos, que atacaban al Comité Nacional porque no había dado las con-

signas para que su movimiento fuese secundado, por lo que se habían sentido abandonados y traicionados. Logramos llegar a un acuerdo de carácter general; los asturianos se reintegraron, y lo mismo los compañeros de la oposición.

—C. F.: Tras el levantamiento, en Barcelona la CNT tuvo un papel preponderante en la organización de la lucha antifascista. Sin embargo, aquí surge la primera crítica histórica a la actuación confederal: se participó en el Comité de Milicias Antifascistas. La otra opción era que la CNT se hubiera hecho en exclusiva con el poder en Cataluña y hubiera ejercido una dictadura totalitaria. ¿No existía ninguna tercera opción?

—F. M.: La crítica es muy fácil. Es cierto que el Comité de Milicias tuvo en sus manos todos los resortes del poder, pero en él estaban CNT, FAI, Juventudes Libertarias, POUM, PSUC, Acción Catalana, Esquerra Republicana de Catalunya, UGT, PSOE, cada uno con su representación. Estábamos todos, como lo habíamos estado cuando se trató de armarse y salir a la calle para impedir que triunfara el movimiento fascista. Esa unidad se mantuvo en el Comité Nacional de Milicias.

Al margen del Comité, la gente empezó a organizar las colectivizaciones, al encontrarse los obreros con las fábricas cerradas ante la huida de los patronos. Entonces se crearon comités de fábrica, y el proceso de producción no se interrumpió. Llega un momento en que el Comité de Milicias se plantea, gracias a la habilidad de Companys, la creación de un Consell de la Generalitat, con la misma representación del Comité de Milicias, para dar una apariencia de legalidad ante Madrid a lo que se

estaba viviendo en Cataluña. Aquí es donde, a mi entender, empezamos a plantearnos el dilema de «o colaboración con todos o a por todo». La colaboración significaba aceptar el Consell: una forma de Gobierno. El ir a por todo era la ruptura total del frente de lucha antifascista y que la CNT hiciera en Cataluña lo que el partido bolchevique hizo en Rusia: la toma total del poder y la eliminación física, porque no hubiera habido otra manera, de los que se oponían a esa iniciativa, con la particularidad de que la situación no era la misma en el resto de España. Hubiéramos quedado en cierto modo aislados Cataluña y Aragón, que era donde teníamos mayoría, ya que en Andalucía los fascistas habían ocupado la mitad. Es decir, para los que ven las cosas de modo muy simple, había que ir a por todo, e instaurar una especie de sistema totalitario de dictadura que nos mantuviera aislados del resto de España y que, por otra parte, hubiera roto la unidad antifascista en la lucha. Ante la posibilidad de esa dictadura, retrocedimos. No quisimos que el anarquismo se hundiera en el descrédito en el que cayó el partido bolchevique. No había otra opción: de una manera o de otra, teníamos que dejar, circunstancialmente, parte de nuestra ideología.

—C. F.: ¿Les era posible a los obreros y campesinos que se beneficiaban de las colectivizaciones comprender que el nuevo sistema de producción se venía paulatinamente abajo, no sólo por las circunstancias bélicas, sino también por los enfrentamientos entre los distintos grupos del Frente Popular?

F. M.: Sí, el obrero comprendía esto perfectamente. Es un aspecto que varias veces he señalado y que estoy contenta

de volver a señalar. Los que no comprendieron jamás el factor psicológico que jugaba en los combatientes fueron socialistas, republicanos y comunistas. En el momento en que el obrero que mantenía con su trabajo las colectividades agrícolas e industriales, porque era demasiado viejo para ir al frente, y el combatiente que luchaba creyendo que al batir al fascismo edificaba una nueva sociedad, empezaron a decirse «esto está perdido, si no gana Franco van a ganar los comunistas, o en el mejor de los casos vamos a tener la misma repu-

bliquitá de antes», en el momento en que la gente empezó a decir que no valía la pena agarrarse al terreno y morir defendiendo un peñón o una colina, aquel día la guerra estuvo perdida. El trabajador sabía que había que ganar la guerra para poder estabilizar un sistema social más justo; pero que además de ganar la guerra había que impedir que se beneficiaran del triunfo los comunistas; y el espectro de lo que había pasado en Rusia no se apartaba de nuestro pensamiento. Es decir, si los comunistas, los republicanos y los socialistas hubieran sido



Esta fotografía, que data de 1939, fue regalada por Federica Montseny a los autores de esta entrevista. «harta de que la saquen tan vieja en las fotos que se publican»

inteligentes, no tan sólo no se hubieran opuesto a las colectivizaciones, sino que las hubieran alentado, porque habrían pensado: «mientras que la gente lucha por esto, luchará». Porque militarmente, la guerra la teníamos perdida. Franco tenía más armas que nosotros, más hombres; Franco tenía los aviones que mandaba Hitler y que no mandaban en la misma proporción los rusos. Franco militarmente tenía que ganar, y no

ganó mientras duró en el pueblo la esperanza de que no era una simple guerra lo que se estaba librando, sino que era una guerra social, que iba a una transformación de la sociedad, a distribuir más pan, más justicia y más libertad a los hombres. Y la guerra se perdió, en parte, porque ni los socialistas ni los comunistas se dieron cuenta de la necesidad de alimentar esa esperanza. Aparte de la responsabilidad general

de las democracias que nos abandonaron, de la no intervención de los americanos, cosa que nunca he perdonado a Roosevelt, y del embargo que decretaron para las armas que se enviaban al Gobierno legítimo de la República.

—C. F.: ¿A qué se debió la entrada de los anarquistas en el Gobierno?

—F. M.: Volvemos a lo mismo: hay que comprender la situación de aquellos días. La economía estaba en brazos de los trabajadores, pero para poder funcionar las fábricas se necesitaban materias primas, y para adquirir estas materias primas se necesitaba dinero. ¿Quién tenía el dinero? El Gobierno central. Por otra parte, en el frente estaban nuestros hombres, pero las armas venían de Rusia, y era el Gobierno quien las distribuía. Si nosotros nos hubiéramos replegado totalmente, las colectividades se hubieran asfixiado y nuestras Divisiones hubieran sido asesinadas en el frente, porque ya no tenían armas para defenderse, pues se las iban negando. Además, un repliegue general de los nuestros era el fin de la guerra, en esto mi convicción es absoluta. También se pensó que había que evitar que los otros, a nuestras espaldas, pactasen con Franco. Por todo esto se entró en el Gobierno. Claro, ahora se puede decir que, quizá sólo retardamos un poco lo que ya estaba perdido. Hoy, fríamente, digo que nuestra entrada en el Gobierno no fue compensada; ojalá no hubiéramos intervenido y no nos hubiéramos encontrado, histórica e ideológicamente, deshonrados. Nadie, en aquel momento, podía pensar de esa manera, pues hubiese sido calificado de derrotista y contrarrevolucionario. Esa fue la realidad de las cosas.



«Cuando todo fracase, cuando se demuestre que son ineficaces para resolver los problemas de la humanidad las diferentes formas de Estado, lo que quedará es lo nuestro, todo lo que han sido las constantes del anarquismo. Junto a estas líneas, retratos de algunas de las grandes figuras anarquistas.



Durante su exilio en Francia, Federica Montseny, a la que vemos a la derecha de la foto pronunciando una conferencia, siguió vinculada a la organización anarco-sindicalista, que pasa a llamarse entonces CNT de España en el Exilio.

—C. F.: ¿Cómo fue tu paso por la CNT, hasta julio del 36? ¿Cuál era tu función?

—F. M.: Teníamos la casa de ediciones que habían fundado mis padres, las «Ediciones de La Revista Blanca». Publicábamos «La Novela Ideal», cada semana; «La Novela Libre», cada mes; «El Mundo al Día», cada mes; «El Luchador», cada semana; «La Revista Blanca», cada quince días, y además yo estaba en la Redacción de «Solidaridad Obrera». Por otra parte, iba de propaganda constantemente, en giras de conferencias o de mítines con otros compañeros: hice la gira de Andalucía con Falomir, la de Asturias con González Mallada, la de Galicia con un compañero

llamado Paella y con Claro Sendón... Estaba constantemente movilizada en actuación de propaganda o literaria, y escribiendo, pues, al fin y al cabo, mi profesión es la de periodista.

—C. F.: ¿De qué forma fue elegida Federica Montseny para integrar el Gobierno de Largo Caballero?

—F. M.: Pues fui elegida... ¡qué sé yo cómo fui elegida! Hubo un Pleno Nacional de Regionales que acordó proponer la constitución de un Consejo Nacional de Defensa. Esto ocurrió cuando Giral abandonó el Gobierno y lo formó Largo, dos de cuyos ministros eran comunistas. Nosotros propusimos a Largo Caballero la constitución de ese Consejo

en el cual la CNT estaba dispuesta a participar. El nos dijo a Pedro Herrera, Horacio Martínez Prieto (secretario nacional) y a mí: «Mirad, si aceptamos lo que proponéis, de hecho, nos equipararíamos a la Junta de Burgos. Perderíamos la carta maestra que representa la existencia del Gobierno legítimo de la República, proclamada y legitimada por el pueblo en varias elecciones. Debéis dejar los escrúpulos de monja y nombrar representantes vuestros en el Gobierno, y yo os prometo que haremos todo lo posible para ayudar a las colectivizaciones y para que haya una distribución equitativa de armas, para que los comunistas, que son vuestro gran temor, no empiezen a monopo-

Un momento del mitin de la CNT celebrado el día 27 del pasado mes de marzo en la Plaza de Toros de San Sebastián de los Reyes, y en el que Federica Montseny no pudo estar al no haberle sido entregado todavía su pasaporte.

lizarlo todo, con el chantaje de la ayuda rusa».

Se reunió un nuevo Pleno de Regionales en el que se acordó insistir en la constitución del Consejo, y si no había modo de conseguirlo, dar un voto de confianza al Comité Nacional para que encontrase una solución al problema. Y fue Horacio M. Prieto el que inició las negociaciones y el que luego dijo: «He dado mi palabra a Largo Caballero de que nombraremos cuatro representantes. No hay nada que hacer» (en realidad, Prieto estaba convencido desde el principio de la necesidad de la entrada en el Gobierno). Se reunió otro pleno y se aceptaron los hechos consumados: el mismo Prieto sugirió los nombres de los representantes, pensando que debía haber dos de los que podíamos llamar moderados y otros dos de los extremistas. Los primeros fueron Juan López y Peiró; y los segundos, García Oliver y yo.

—C. F.: ¿Cuál fue tu reacción cuando te enteraste?

—F. M.: Al principio, cuando me lo dijeron, dije que no, que yo, descendiente de una familia de anarquistas, no me veía formando parte de un Gobierno; que aquello era el no va más, que no podía ser. Pero entonces dijo García Oliver que si yo no aceptaba, él tampoco: «O los dos o ninguno».

Es probable que le costase tanto como a mí, pues no hay que olvidar que él era la encarnación de la FAI, más que yo, que había entrado el 26 de julio del 36; pero él era su «alma mater» desde la proclamación de la República, desde que salió del presidio, hasta ese momento. Para mí



era un salto en el vacío terrible, pero para él, en aquellos momentos, también.

Después de mil forcejeos e insistencias por un lado y por otro, y ante el dilema, acabé por decir: «Que se vaya a hacer puñetas la Historia, que digan lo que quieran, vamos a Roma a por todo, ya no hay otra salida». Y entonces entramos los dos.

—C. F.: ¿Eras plenamente consciente, junto con el resto de los ministros anarquistas, del paso que estabais dando?

—F. M.: Yo era plenamente consciente, y lo más trágico de todo es que en el fondo de mi alma pensaba que era un sacrificio inútil, pues lo irremediable iba a producirse; pero

de todas formas tenía que hacerlo.

En aquellos momentos, ser ministro era ir a Madrid, a un Madrid casi asediado, del que el Gobierno mismo iba a marcharse; estar en el Ministerio de la Guerra con el general Miaja todo el tiempo que duraron los días trágicos del mes de noviembre y de diciembre, antes y después de la muerte de Durruti. Y tanto que se ha hablado de la «Pasionaria» y el «no pasarán», las únicas mujeres que estábamos permanentemente en el Ministerio de la Guerra, incluso durmiendo en lechos de campaña en los sótanos, éramos Margarita Nelken, Marta Huysmans, hija de Camilo Huysmans que fue presidente del Go-



bierno belga, y yo. Y Miaja, cuando un frente se empezaba a desmoronar, si era socialista mandaba a la Nelcken, si era de los nuestros a mí para coger a los hombres por las solapas y decirles: «¡Al frente si tenéis cojones! ¡A defender Madrid! ¿A dónde vais?». Y todo esto con las balas silbando a nuestro alrededor. Hay muchas páginas de la Historia que aún no se han escrito. En aquellos momentos eso era ser ministro. Muchas veces me mandaba Miaja, con camiones, al atardecer, a Albacete a buscar armas al arsenal del que era jefe el general Pozas, con el argumento de que «a usted no se las negarán, pero si mando a cualquier capitán o coronel no se las van a

dar, pero usted es un ministro de la República y no se atreverán a negárselas». Y yo tenía que irme y volver antes de amanecer, para que los aviones enemigos no nos vieran con los camiones cargados de armas. Y allí estaba de responsable del arsenal Angel Pestaña, del que siempre he guardado un recuerdo conmovido, sobre todo del Pestaña de aquellos días, enfermo ya, arrastrándose, pero en su puesto, y ayudándonos tanto como podía. Una noche, cuando llegamos, nos dijeron que no nos podían dar armas porque el general Pozas estaba durmiendo. Entonces, muy enfadada, dije: «¡Que se levante el general! Cuando los ministros de la República es-

tán levantados, el general tiene que estar levantado». Eso era ser ministro entonces.

—**C. F.:** **¿Se explica que aún hoy diversos sectores libertarios te reprochen esta actuación?**

—**F. M.:** Es monstruoso que se nos acuse a los cuatro ministros, y a mí particularmente ya que dos han muerto y el tercero está en México, cuando aquello fue un acuerdo de carácter general que yo acepté porque no había más remedio o porque el remedio hubiera sido peor que la enfermedad. Yo lo he explicado mil veces, nos equivocamos, ojalá no lo hubiéramos hecho. Estamos convencidos de que fue una dejación de nuestra línea antipolítica y revolucionaria impuesta por las circunstancias; línea que nos apresuramos a recuperar. Ya la recuperamos antes del 45, en Africa del Norte y batiéndose en Francia con la parte colaboracionista que aún estaba en los Comités Nacionales, en el Pleno de octubre de Beziere, y después en el Congreso de Federaciones Locales en París.

—**C. F.:** **En tu actuación al frente del Ministerio de Salud Pública, destaca una Ley decretando la libertad del aborto. ¿Podrías ampliar este hecho, hoy tema candente en todos los países europeos?**

—**F. M.:** Conseguimos —Martín Fecet, subsecretario de Sanidad, Mercedes Maestre y yo— pasar lo que se llamaba el «derecho a la interrupción artificial del embarazo». Antes que en ningún país del mundo, eso fue ya legitimizado en España. Luego hicimos lo de los «liberatorios de prostitución». Alentamos todos los ensayos realizados por el doctor Trueta sobre la gangrena seca, que luego salvó muchos brazos en la guerra y que hizo que

el Gobierno inglés pusiera a su disposición un laboratorio.

C. F.: Y después del exilio, ¿cómo fueron los primeros tiempos hasta tu instalación en Toulouse?

—**F. M.:** En «Cent dies de la vida de una dona», está resumido todo el período de mi exilio: entrada en Francia, actuación en la S. E. R. E. (Servicio de Emigración de Refugiados Españoles), la entrada de los alemanes, mi salida de París, pasando de zona ocupada a zona libre... Pero luego hubo un segundo período más grave: mi encarcelamiento con la demanda de extradición de España, pedida por un simpático fiscal, bueno... ministro de la Gobernación, llamado Blas Pérez. Pasamos con un día de intervalo Largo Caballero y yo; nos acusaban de lo mismo: robos, saqueos, asesinatos, incendios... Naturalmente, Franco estaba detrás de todo esto. Pidió la extradición de todos los que quedábamos aquí en Francia, pero en honor de los magistrados franceses hay que decir que todas fueron rechazadas; porque el caso de Companys, de Cruz Salido, de Teodomiro Menéndez, de Rivas..., fue un caso aparte, sin pasar tribunal alguno: los cogió la Policía alemana junto con la española, y pasaron inmediatamente a España, donde fueron ejecutados.

—**C. F.:** En Toulouse se dio el reclutamiento y la instrucción de las guerrillas que actuarían en España a lo largo de los años 40. ¿Intervino o participó en tales preparativos Federica Montseny?

—**F. M.:** Lo que nosotros queríamos y lo que hacíamos en la medida de nuestras fuerzas, era ayudar a las guerrillas que ya estaban en el interior. Y poco a poco, eso se aguantó bien hasta el 45. Al terminar la guerra todo el mundo estaba

convencido: Mussolini había muerto, Hitler también, esto se acababa. Fuimos aguantando un mes, dos, tres, cuatro meses; cuando terminó el 45 la gente ya estaba desanimada, y a partir del 46 y 47 las guerrillas se fueron poco a poco disolviendo, nadie las disolvió, se autodisolvieron.

En 1945, en el Congreso de Federaciones Locales del Sena en París fuimos elegidos mi compañero Germinal y yo para el Comité Nacional, él de Secretario y yo como miembro del Comité, y en esos años fue cuando bajaron a España más compañeros, a morir la mayoría, pues se pensaba que la cosa estaba madura para volver a poner a la CNT sobre la brecha. Funcionábamos en el interior muy limitadamente, y muchos morían por pequeños descuidos en la ropa, en el calzado..., pues no estaban acostumbrados a la clandestinidad.

C. F.: ¿Cómo fue la marcha del Movimiento Libertario en el exilio y hablanos de las reestructuraciones que ha sufrido en esos años?

F. M.: Primero, éramos Movimiento Libertario-CNT en el exilio. Fue cuando hubo la escisión, es decir, cuando una parte minoritaria decidió apoyar al Gobierno Giral y aceptar la intervención de Martínez Prieto y de José Leiba en representación de la CNT en ese gobierno. Poco tiempo después, como ellos se reclamaban Movimiento Libertario - CNT, se decidió, según un Pleno Nacional de Regionales, cambiar el nombre y llamarse CNT de España en el Exilio, y ése es el nombre que ha continuado hasta ahora. Cuando ellos reingresaron, en el Congreso de Limoges, la otra CNT se dió por disuelta y ya no hubo más.

—**C. F.:** Se dice que Federica Montseny, cabeza visible del

movimiento anarquista español en el exterior, no ha querido poner a disposición de la CNT del interior todo un archivo sobre el movimiento obrero sindicalista, que se encuentra en Amsterdam.

F. M.: ¿Yo?... Lo que yo tengo es el depósito de las colecciones de periódicos de la época de la Internacional («El Productor», «El Obrero», «La Emancipación», «el Journal») que mi madre había ido recogiendo, y que Max Nettlau hizo sacar de España. Lo depositamos en Amsterdam y allí está a disposición de todo el mundo; muchos historiadores trabajan en él. En cuanto al archivo general de la CNT, jamás lo he tenido yo, pues los que hicieron el depósito fueron entre otros Pedro Herrera, otro compañero llamado Entrialgo, Polgare, ya muerto, y Martín Gudei, que aún vive en Estados Unidos. Ambos depósitos se encuentran en Amsterdam, que entonces era el único sitio seguro, pero el gobierno holandés se niega a devolverlos. Por lo visto, hay una ley que dice que si lo depositado no se reclama al cabo de 30 años, pasa a pertenecer al país. Así que veremos qué va a pasar, incluso con el mío particular. A mí me interesaría que el Comité Nacional los reclamase.

—**C. F.:** Tus ideas sobre el anarquismo, ¿han variado según las condiciones actuales de España, ahora, en 1977? ¿Sigues viendo viable una doctrina anarquista?

F. M.: Más que nunca. En mi librito «¿Qué es el anarquismo?», publicado por «La Gaya Ciencia», llego a la conclusión de que cuando todo fracase, cuando se demuestre que son ineficaces para resolver los problemas de la humanidad las diferentes formas del Estado, lo que quedará es lo nuestro: la base de la eco-

nomía en manos de los trabajadores, la autogestión, el pacto entre iguales, el libre acuerdo, el federalismo, todo lo que han sido las constantes del anarquismo; que para España no hay más solución que una Confederación Ibérica de Pueblos Libres; el respeto a todas las autonomías, empezando por la del individuo, y acabando por la de los pueblos. Es decir, lo creo no sólo válido, sino cada vez más revalidado por las propias rea-

poderosos; un pequeño centro-izquierda, constituido por la democracia cristiana y otros grupos afines, y una pequeña izquierda, que será las migajas que dejen a la oposición. Con todo esto harán un Congreso y un Senado, y de cara al exterior, se dará la impresión de que se ha instalado una democracia.

Lo que yo creo que hay es una especie de libertad activa, una dinámica de la libertad ya creada, que actúa hoy sin de-

tereses de los trabajadores, la que sea la intérprete de sus necesidades, se llevará a la clase obrera. Nosotros creemos que la CNT, por su línea independiente, va a ser la que se gane a la mayoría. No creo que sobrevivan las CCOO, aunque la ilusión de los comunistas sería apoderarse de la CNS y construir una intersindical, tripartita (CNT, UGT y CCOO), con la esperanza de echar luego a los otros y quedarse solos. Nosotros no lo aceptaremos. La UGT está ya bien arraigada; nosotros creo que también. Queda la USO, que se llama autogestionaria —aunque hoy todos se llaman autogestionarios, desde el Partido Carlista a la Falange Auténtica, pasando por Tierno Galván—, y que aún se mantiene independiente. Como los otros se comprometerán —las propias Comisiones están ya bastante comprometidas por las tonterías de Carrillo y de Camacho, y la UGT no tardará en hacerlo— y nosotros quedaremos libres de pactos, donde ellos se estanquen, nosotros seguiremos adelante.

—C. F.: O sea, ante la CNT y el anarquismo en España, ¿optimista?

F. M.: Optimista lo he sido siempre, incluso en los años más negros de la dictadura. Y hoy lo soy más que nunca.

Han pasado tres horas desde que comenzó la entrevista, tres horas frente a la Historia. Federica está muy ocupada: dirige «L'Espoir», donde redacta el editorial de cada semana, además de una columna titulada «España 1977»; continúa su actividad en los mítines; y escribe también artículos para revistas españolas, que cada vez le solicitan con más frecuencia.

Nos acompaña hasta la puerta y nos despide con un «salud» y «hasta pronto», ya en España.

■ Una entrevista del Colectivo Febrero.



«Optimista lo he sido siempre, incluso en los años más negros de la dictadura. Y hoy lo soy más que nunca».

lidades históricas, en España y en el mundo.

—C. F.: ¿Cuál es tu opinión sobre la situación política española actual?

F. M.: Tengo la impresión de que el Gobierno, con mucha habilidad, va a buscar la estabilización de un régimen parecido al que hay en Francia, más o menos teledirigido por los propios americanos, los alemanes y los elementos de la democracia cristiana de los diversos países. Y se va a ir a unas elecciones de las que saldrán una derecha regular; un centro-derecha fraccionado en dos grandes grupos, muy

rechos, y que, cuando los haya actuará aún con más facilidad, creando centros culturales, ateneos libertarios, que forjarán las fuerzas populares necesarias para encarar de forma más radical las décadas en perspectiva.

C. F.: Por último, ¿qué papel juega y/o puede jugar la CNT de cara al movimiento obrero?

F. M.: Las organizaciones obreras naturales en España han sido, hasta ahora, la CNT y la UGT; si hay alguna otra que la haya, somos partidarios del pluralismo sindical. La que mejor defienda los in-